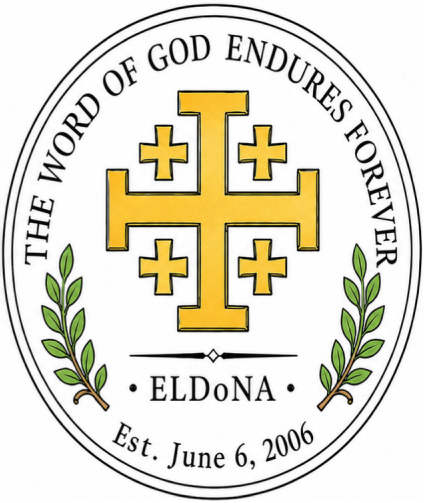
El Heraldo Luterano



5–31 de octubre de 2026

Una publicación de
La Diócesis Evangélica Luterana de Norteamérica

El calendario

The Lutheran Hymnal (1941): TLH; Suplemento de 2022: ASBH
(Lunes: L; Martes: M; Miércoles: X; Jueves: J; Viernes: V; Sábado: S)

Los números de los himnos para las festividades corresponden a la numeración de los borradores de ASBH entregados en los sínodos más recientes.

4 de octubre	Trinidad 18	ASBH 56
11 de octubre	Trinidad 19	ASBH 57
17 de octubre (S)	San Ignacio de Antioquía, mártir	ASBH 104
18 de octubre	Trinidad 20 / San Lucas, evangelista	ASBH 58/105
25 de octubre	Trinidad 21 / Reforma	ASBH 59
28 de octubre (X)	Santos Simón y Judas, apóstoles	ASBH 106
31 de octubre (S)	Fiesta de la Reforma	ASBH 107

Seminario Luterano San Ignacio

El trimestre de otoño del tercer año del calendario de San Ignacio comenzó el lunes 7 de septiembre. El trimestre de otoño es el siguiente:

P004—Homilética 1 (3 h)	Lunes, miércoles y viernes
S008—Teología sacramental (3 h)	Lunes, miércoles y viernes
H005—Posreforma (3 h)	Martes y jueves
P007—Confesión y absolución (1 h)	Jueves

San Ignacio tiene actualmente dos estudiantes: Duncan Geldenhuys (Australia) y Jonathan Teo Zin Han (Singapur).

Programa de visitas

El obispo Heiser ha completado sus visitas a la mitad de la diócesis; estas continuarán en octubre y noviembre. Su visita al pastor Henson, al diácono Harroun y a la Iglesia Luterana Trinidad (Herrin, IL) será el 4 de octubre, y al diácono Smithey y a la Misión Luterana Santiago (Knoxville, TN), el 5 de octubre.

Lección del Libro de Concordia
Decimoctavo domingo después de la Trinidad

Capítulo V. De la Ley y el Evangelio.

Exposición de la controversia.

Si la predicación del santo Evangelio es propiamente, además de una predicación de gracia que anuncia el perdón de los pecados, también una predicación de arrepentimiento y de censura, que reprende la incredulidad, la cual no sería reprendida por la Ley, sino únicamente por el Evangelio.

Afirmativa.

Doctrina pura de la Palabra de Dios.

1. Creemos, enseñamos y confesamos que la distinción entre la Ley y el Evangelio debe mantenerse en la Iglesia como una luz especialmente resplandeciente, por la cual, según la admonición de san Pablo, la Palabra de Dios pueda ser dividida rectamente.

2. Creemos, enseñamos y confesamos que la Ley es propiamente una doctrina divina que enseña lo que es justo y agradable a Dios, y reprende todo lo que es pecado y contrario a la voluntad de Dios.

3. Por tanto, todo cuanto reprende el pecado es y pertenece a la predicación de la Ley.

4. Pero el Evangelio es propiamente una doctrina que enseña lo que debe creer el hombre que no ha observado la Ley y, por ello, es condenado por ella: a saber, que Cristo ha expiado y satisfecho por todos los pecados y, sin mérito alguno de ellos [sin que intervenga mérito alguno del pecador], ha obtenido y adquirido el perdón de los pecados, la justicia que vale ante Dios y la vida eterna.

5. Pero, puesto que el término «Evangelio» no se usa siempre en un mismo sentido en las Sagradas Escrituras, lo cual dio origen a esta disensión, creemos, enseñamos y confesamos que, si por «Evangelio» se entiende toda la doctrina de Cristo que él expuso en su ministerio, como también lo hicieron sus apóstoles (sentido en que se emplea en Marcos 1:15 y Hechos 20:21), se dice y escribe correctamente que el Evangelio es una predicación de arrepentimiento y del perdón de los pecados.

6. Pero, si la Ley y el Evangelio se contraponen, como Moisés es llamado maestro de la Ley y Cristo predicador del Evangelio, creemos, enseñamos y confesamos que el Evangelio no es una predicación de arrepentimiento o de reprensión, sino propiamente nada más que una predicación de

consuelo y un mensaje gozoso que no reprende ni aterroriza, sino que, frente a los terrores de la Ley, consuela las conciencias, señala únicamente los méritos de Cristo y vuelve a confortarlas con la preciosa predicación de la gracia y el favor de Dios, obtenidos por el mérito de Cristo.

7. En cuanto a la revelación del pecado, puesto que el velo de Moisés permanece ante los ojos de todos los hombres mientras oyen la sola predicación de la Ley y nada acerca de Cristo, y por ello no aprenden de la Ley a reconocer rectamente sus pecados, sino que se vuelven hipócritas presuntuosos como los fariseos, o desesperan como Judas, Cristo toma la Ley en sus manos y la explica espiritualmente (Mat. 5:21 y sigs.; Rom. 7:14). Así se revela desde el cielo la ira de Dios contra todos los pecadores (Rom. 1:18), mostrando cuán grande es; de este modo son instruidos en la Ley y entonces aprenden por primera vez de ella a conocer rectamente sus pecados, conocimiento al cual Moisés nunca pudo obligarlos.

Por tanto, aunque la predicación del sufrimiento y la muerte de Cristo, el Hijo de Dios, es una proclamación y declaración seria y terrible de la ira de Dios, por la cual los hombres son conducidos por primera vez rectamente a la Ley, después de que se les ha quitado el velo de Moisés, de modo que conocen por primera vez cuán grandes cosas exige Dios de nosotros en su Ley, ninguna de las cuales podemos cumplir, y por ello deben buscar toda su justicia en Cristo,

8. sin embargo, mientras todo esto (a saber, el sufrimiento y la muerte de Cristo) proclama la ira de Dios y aterroriza al hombre, todavía no es propiamente la predicación del Evangelio, sino la predicación de Moisés y de la Ley, y, por tanto, una «obra extraña» de Cristo, mediante la cual llega a su oficio propio: predicar la gracia, consolar y vivificar, lo cual es propiamente la predicación del Evangelio.

Negativa.

Doctrina contraria que se rechaza.

Por tanto, rechazamos y consideramos incorrecto y perjudicial el dogma de que el Evangelio es propiamente una predicación de arrepentimiento o de reprensión, y no solamente una predicación de gracia. Pues así el Evangelio vuelve a convertirse en una ley, se oscurecen el mérito de Cristo y las Sagradas Escrituras, se priva a los cristianos del verdadero consuelo y se abre nuevamente la puerta al papado.

—Fórmula de Concordia, Epítome

Los cristianos son llamados por Cristo a dar fruto. Dar fruto, es decir, hacer buenas obras, no es opcional. «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras» (Efesios 2:10). Pero fácilmente podemos olvidar cómo sucede esto. Jesús lo deja muy claro en Mateo 3:8: «Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento». Puesto que somos bautizados en Cristo, cada uno de nosotros llega a ser una rama de Cristo. Como cristianos bautizados, debemos recordar el significado del Bautismo: significa que el viejo Adán en nosotros debe, mediante la contrición y el arrepentimiento diarios, ser ahogado y morir con todos los pecados y malos deseos. Así, como sucede con la fe misma, Dios obra por medio del Espíritu Santo cuando nos «poda», llevándonos a arrepentirnos de nuestros pecados.

¿Y ahora qué? Después de arrepentirte, quizá te preguntes: «¿Dónde están las buenas obras que debo hacer?». Tal preocupación es buena. Es señal de que Dios está obrando en ti. Sin embargo, su respuesta puede sorprenderte: «Vive tu vida». Perdonado por Cristo, tu vida puede ser «buena». Muchas cosas en nuestra vida cristiana se realizan sin que seamos conscientes de las buenas obras, los «frutos dignos de arrepentimiento». Tomar de la mano a un familiar enfermo, dar de beber a un niño pequeño, una madre que prepara la cena: todas estas tareas aparentemente ordinarias son extraordinarias ante Dios cuando son fruto de la fe vivida en el perdón de los pecados.

Colecta: Oh Dios, puesto que sin ti no podemos agradarte, concede misericordiosamente que tu Espíritu Santo dirija y gobierne nuestros corazones en todas las cosas; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Como pueblo de Dios, debemos «temer al Señor tu Dios, andar en todos sus caminos y amarlo». Cuando Lutero escribió sus explicaciones de los Diez Mandamientos, dijo del Primer Mandamiento: «Debemos temer y amar a Dios y confiar en él sobre todas las cosas». Cada explicación que sigue comienza con: «Debemos temer y amar a Dios...». Dios exige que guardemos los Mandamientos, y debemos hacerlo por temor y amor a él. Sin embargo, precisamente los Mandamientos que él exige que guardemos, no los guardamos.

No es que Dios no lo sepa. Por su gracia sin límites, lo que Dios exige de nosotros también nos lo da en Cristo. Cristo teme y ama a Dios Padre, su Padre, y confía en él sobre todas las cosas, aun hasta la muerte en la cruz. Su vida llega a ser tu vida por medio del santo Bautismo, así como su muerte al pecado llega a ser tu muerte al pecado. Su Espíritu, que te es dado en el santo Bautismo, te conduce a «andar en todos sus caminos»; es decir, te lleva a arrepentirte de tus pecados y a confiar en su perdón. Esto distingue al cristianismo de las religiones del mundo. Estas quieren que pongas tu temor, tu amor y tu confianza en ti mismo para ser suficientemente bueno. Dios te da en Cristo todo lo que necesitas para la vida eterna. «Él es tu alabanza y él es tu Dios, que ha hecho contigo estas cosas grandes y terribles que tus ojos han visto».

Colecta: Oh Dios, puesto que sin ti no podemos agradarte, concede misericordiosamente que tu Espíritu Santo dirija y gobierne nuestros corazones en todas las cosas; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Aquí estamos, unos veinte capítulos más adelante en el libro de Deuteronomio, y ¿qué oímos de Dios sino el mismo mensaje? Expone claramente su Ley perfecta, así como su Evangelio perfecto. Pone delante del pueblo «la vida y el bien» frente a «la muerte y el mal». Sigue sus caminos y vivirás; no los sigas y morirás.

Desde la caída en el pecado, el mensaje de Dios no ha cambiado. Ya sea en todo el texto de Deuteronomio o en toda la Biblia, el mismo mensaje resuena con claridad. Siglos después, y poco antes de su Ascensión, Jesús dejó claro cuál debía ser el mensaje de los apóstoles: que se predicaran en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todas las naciones. ¡Es el mismo mensaje!

Si el mensaje ha sido tan claro a lo largo de incontables generaciones, ¿quién tiene la culpa de seguir el camino equivocado? Si Dios quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad, ¿dónde está el problema? La respuesta está en el hombre pecador, y no es culpa de Dios. Dios da fe para «seguirle a él, porque él es tu vida y la prolongación de tus días». Él es quien da la capacidad de «andar en sus caminos y guardar sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos».

Colecta: Oh Dios, puesto que sin ti no podemos agradarte, concede misericordiosamente que tu Espíritu Santo dirija y gobierne nuestros corazones en todas las cosas; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

En su epístola, Juan llama «mis hijos» a las personas a quienes escribe. Algunos son reacios a llamar «padre» a su pastor. Se impone cierta reacción de «eso es demasiado católico romano», mientras se pasa por alto cómo san Juan considera a las personas por quienes se preocupa.

Dios ha dado a los pastores una responsabilidad enorme. «Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta» (Hebreos 13:17). Cuidar de las almas no es un asunto menor para un pastor. Se lleva a cabo mediante la aplicación de la Ley y el Evangelio de Dios. La parte delicada, que puede resultar muy difícil para el pastor, surge cuando debe aplicar la Ley a pecadores públicos y manifiestos. El deber que Dios le ha dado al pastor es decir la verdad de su Ley. No hay término medio, no sea que el pastor se vuelva «tibio» al tratar con el pecado, buscando alguna explicación que lo excuse en vez de confrontarlo. La oración del pastor en tales situaciones es que la persona extraviada se arrepienta, para poder llevar el Evangelio del perdón al pecador arrepentido.

Los pastores desempeñan el mismo oficio del santo Ministerio que san Pablo, quien escribió: «Así como sabéis de qué modo exhortábamos, consolábamos y encargábamos a cada uno de vosotros, como el padre a sus hijos, que anduvieseis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria» (1 Tesalonicenses 2:11–12).

Colecta: Oh Dios, puesto que sin ti no podemos agradarte, concede misericordiosamente que tu Espíritu Santo dirija y gobierne nuestros corazones en todas las cosas; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Muchos conocen las palabras de Santiago: «La fe sin obras está muerta». Hoy Santiago continúa ese pensamiento al mencionar la «buena conducta... en la mansedumbre de la sabiduría». En la lectura de hoy, Santiago quiere también que comprendamos que, tras su deseo de que los cristianos hagan buenas obras, puede encontrarse otro problema: el orgullo.

Basta escuchar las razones por las cuales algunas personas ayudan a otras. A menudo, la única razón se reduce a: «Me hace sentir bien». La motivación de la persona para ayudar era personal: «sentirse bien». En otras palabras, buscaba su propio provecho. Junto con ese «sentirse bien», puede haber también cierta jactancia por motivos egoístas.

Como cristianos, debemos comprender que esos mismos sentimientos equivocados acompañan nuestras buenas obras. Hay orgullo y egoísmo, y «todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia» (Isaías 64:6). Por buenos que nos creamos, olvidamos fácilmente quién es la verdadera fuente de las buenas obras que hacemos: Cristo. Nuestras obras son buenas únicamente porque Dios nos ha dado fe para creer que nuestros «trapos de inmundicia» son perdonados en Cristo y por medio de él. «Pero sin fe es imposible agradar a Dios» (Hebreos 11:6). Dios es quien, por su gracia, nos ha dado la fe para que nuestras vidas sean verdaderamente agradables a él.

Colecta: Oh Dios, puesto que sin ti no podemos agradarte, concede misericordiosamente que tu Espíritu Santo dirija y gobierne nuestros corazones en todas las cosas; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

«El que oprime al pobre afrenta a su Hacedor; mas el que tiene misericordia del necesitado lo honra». Lo que aprendimos de Santiago en la devoción de ayer continúa hoy. «Tener misericordia del necesitado» no fue una idea nueva que Santiago inventara. Siempre ha sido la manera en que Dios quiere que su pueblo viva a causa del perdón de los pecados. Antiguo Testamento, Nuevo Testamento: el mensaje sigue siendo el mismo. «Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso» (Lucas 6:36).

Mostrar misericordia puede ser una exigencia muy grande, especialmente cuando alguien no te ha mostrado misericordia a ti. Somos llamados a amar incluso a quienes nos odian. ¿Cómo podremos hacerlo? Pues bien, comienza con Cristo. Conviene preguntarnos: «¿Murió Cristo por nosotros porque de algún modo lo merecíamos?». Difícilmente es esa la imagen que san Pablo presenta en Romanos: «Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida» (Romanos 5:10).

Cristo murió por sus enemigos, por ti y por mí. Los enemigos no merecen lo que Cristo hizo en la cruz. ¡Y, sin embargo, lo hizo! Nuestro Dios misericordioso obra desde la profundidad insondable de su misericordia, de una manera que ningún ser humano puede siquiera empezar a comprender. Y sigue mostrando su misericordia cuando su pueblo fiel muestra misericordia a los demás.

Colecta: Oh Dios, puesto que sin ti no podemos agradarte, concede misericordiosamente que tu Espíritu Santo dirija y gobierne nuestros corazones en todas las cosas; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Lección del Libro de Concordia
Decimonoveno domingo después de la Trinidad

Artículo IV.

También enseñan que los hombres no pueden ser justificados ante Dios por sus propias fuerzas, méritos u obras, sino que son justificados gratuitamente por causa de Cristo, mediante la fe, cuando creen que son recibidos en el favor de Dios y que sus pecados son perdonados por causa de Cristo, quien, por su muerte, ha satisfecho por nuestros pecados. Dios imputa esta fe por justicia ante él. Romanos 3 y 4.

—Confesión de Augsburgo

Lo que significa «habéis resucitado con Cristo» fue explicado por san Pablo en el capítulo anterior de Colosenses. Dice que fuimos «sepultados con él en el Bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él» (Colosenses 2:12). Sin embargo, el Bautismo no queda limitado al pasado. Hay una vida bautismal que debemos vivir si hemos de seguir disfrutando de sus bendiciones. San Pablo nos instruye: «Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo». Esto no significa subir a una montaña para meditar sobre lo divino. Cristo ha tomado las «cosas de arriba» y las ha traído a la tierra para que las recibamos; por ejemplo, el perdón de los pecados, la justicia y la vida eterna.

Cristo ha hecho a los pastores administradores de estos dones para distribuirlos aquí en la tierra mediante la Palabra y los Sacramentos. Las multitudes del Evangelio de ayer tenían razón al maravillarse. Dios no ha guardado el perdón de los pecados encerrado en el cielo. ¡Ha dado tal autoridad a los hombres! Y cuando recibimos la Palabra y los Sacramentos, ponemos la mira en las cosas de arriba.

Los que han resucitado con Cristo también se esfuerzan por evitar el pecado. Cuando adviertan en sí mismos un pensamiento, una palabra o una acción pecaminosos, no deben darle lugar para prosperar. Deben darle muerte de inmediato, arrepintiéndose, buscando su perdón y negándose a continuar en él. Hasta que Cristo aparezca en el Día Final, así es como los bautizados ponen la mira en las cosas de arriba.

Colecta: Oh Dios todopoderoso y misericordiosísimo, te suplicamos que, por tu abundante bondad, nos guardes de todo cuanto pueda dañarnos, para que, dispuestos en cuerpo y alma, cumplamos con alegría lo que tú quieres que se haga; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Esta lectura comienza con una oración para que el Señor «encamine nuestros corazones al amor de Dios». Esto es absolutamente necesario, porque nuestros corazones, por naturaleza, no se inclinan a amar a Dios ni a recibir su amor hacia nosotros. Pero en el Bautismo se nos da el Espíritu Santo, quien capacita nuestros corazones para confiar en el amor de Dios hacia nosotros y para amarlo a él a su vez.

Jesús dice: «El que me ama, mi Palabra guardará» (Juan 14:23). Quien ama a Dios andará ordenadamente, conforme a la tradición que Jesús entregó a sus apóstoles y que ellos consignaron en la Sagrada Escritura. Si un cristiano se niega a hacerlo, san Pablo instruye a los demás creyentes que amonesten a ese hermano, incluso apartándose de su comunión.

En este contexto particular, Pablo se refiere a quienes evitan trabajar y viven como sanguijuelas a costa de sus hermanos. ¿Cuánto más deberá hacerse esto cuando un hermano anda desordenadamente en asuntos más graves de doctrina y práctica? Es correcto dejar de comulgar con quienes persisten obstinadamente en ello. «Mas», dice san Pablo, «no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano» (2 Tesalonicenses 3:15). El propósito de la comunión cerrada no es condenar, sino encaminar los corazones de nuevo al amor de Dios.

Colecta: Oh Dios todopoderoso y misericordiosísimo, te suplicamos que, por tu abundante bondad, nos guardes de todo cuanto pueda dañarnos, para que, dispuestos en cuerpo y alma, cumplamos con alegría lo que tú quieres que se haga; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

En esta lectura, nuestros pecados son descritos como «tropiezos». Dios creó el cuerpo humano para caminar. Sin embargo, incluso la persona más ágil y en mejor condición física a veces tropieza y cae. Pero nuestro estado pecaminoso anterior al Bautismo difícilmente puede llamarse un «tropiezo». No es como si anduviéramos perfectamente conforme a la Ley de Dios y luego diéramos un pequeño paso en falso y cayéramos en pecado.

Sería mucho más apropiado compararnos con el paralítico del Evangelio del domingo, quien no tenía capacidad alguna para ponerse en pie, mucho menos para caminar. Por naturaleza, no podíamos permanecer justos ante Dios ni andar en sus caminos, ni siquiera por un momento. Pero Jesús nos levantó de la parálisis de los pecados al anunciarnos en el Bautismo: «Hijo, ten ánimo; tus pecados te son perdonados» (Mateo 9:2). Con estas palabras nos levantó y nos hizo permanecer en su justicia ante Dios. Y también nos hace caminar. No permanecemos inmóviles en nuestra justificación. Comenzamos a andar en su Ley de amor.

Esto no significa que nunca tropezaremos. Lo haremos, porque seguimos siendo pecadores. Pero Oseas nos advierte que no permanezcamos en el suelo. Nos instruye a volver al Señor nuestro Dios y decirle: «Quita toda iniquidad y recíbenos por tu gracia». Por causa de su Hijo, Dios volverá una y otra vez a levantarnos y a alegrar nuestros corazones con su absolución.

Colecta: Oh Dios todopoderoso y misericordiosísimo, te suplicamos que, por tu abundante bondad, nos guardes de todo cuanto pueda dañarnos, para que, dispuestos en cuerpo y alma, cumplamos con alegría lo que tú quieres que se haga; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Lo que vemos en la lectura de hoy no se limita a la ley ceremonial. Ni siquiera la ley moral, resumida en los Diez Mandamientos, puede hacernos perfectos. Más bien, es un recordatorio continuo de los pecados, año tras año, día tras día. Los hombres no podemos hacer desaparecer esos pecados mediante nuestros sacrificios. Pero el Hijo de Dios se hizo hombre para cumplir la voluntad de su Padre. Se hizo carne y sangre y las ofreció en la cruz, una vez para siempre. Expió los pecados del mundo. Quitó las exigencias de la ley ceremonial y sus sacrificios obligatorios, y estableció el Evangelio, fundado en su propio sacrificio.

Esto es lo que sustenta su poder y autoridad para perdonar pecados. No es un mero hombre. Es Dios en la carne, quien pagó el precio de todo pecado con su propia sangre preciosa. Tiene pleno derecho a anunciar el perdón de los pecados a quienes creen en él y son bautizados. Y tiene pleno derecho a resucitar sus cuerpos en el Día Final, purificados para siempre de todo pecado y debilidad.

Colecta: Oh Dios todopoderoso y misericordiosísimo, te suplicamos que, por tu abundante bondad, nos guardes de todo cuanto pueda dañarnos, para que, dispuestos en cuerpo y alma, cumplamos con alegría lo que tú quieres que se haga; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Los bebés carecen de lo que se llama «permanencia del objeto». Esto significa que, cuando algo desaparece de su vista, es como si para ellos dejara de existir. Por eso se angustian tanto cuando su madre sale de la habitación y se alegran tanto cuando su padre descubre su rostro al jugar al «cu-cú». Tienen que verlo para creerlo.

Todos sufrimos algo semejante cuando se trata de Dios y su Palabra. Caemos en pecado como si nunca hubiéramos oído los Diez Mandamientos. Nos preocupamos y afligimos en cuanto no vemos el pan de cada día que Dios nos ha prometido. Perdemos la esperanza ante las pruebas, como si la salvación que Cristo ganó para nosotros nunca hubiera existido. Somos más necios que los bebés, pues olvidamos tan pronto la verdad que una vez conocimos.

Pero tenemos un Padre celestial amoroso y paciente, que no se cansará de nuestra necedad. En su Palabra y sus Sacramentos nos muestra su rostro una y otra vez, y así fortalece la memoria de nuestra fe. A veces su rostro está oculto, y en esos momentos nos enseña a dejar las cosas de niño y a confiar en sus promesas, aun cuando no podamos percibirlas exteriormente.

Colecta: Oh Dios todopoderoso y misericordiosísimo, te suplicamos que, por tu abundante bondad, nos guardes de todo cuanto pueda dañarnos, para que, dispuestos en cuerpo y alma, cumplamos con alegría lo que tú quieres que se haga; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Sábado, 17 de octubre: Rom. 8:35–39 **San Ignacio**

Los santos de la Iglesia son llamados a luchar en cuerpo y alma. San Ignacio fue un maestro de la Iglesia tanto en asuntos espirituales como en sus acciones corporales. Pero el centro de atención no son las luchas o las aflicciones mismas. El centro es el amor de Dios en Cristo Jesús.

Ya sea que los santos sean llamados a combatir con sabiduría y sana doctrina contra las autoridades corruptas de este mundo, o a sufrir violencia y muerte en su carne, luchamos fielmente a causa de la santa muerte de Jesucristo en la cruz, por el poder de su Espíritu Santo.

Los santos y mártires fieles de la Iglesia no son como los héroes de los cómics de nuestro tiempo. Fueron hombres y mujeres reales que vivieron y trabajaron de maneras tan reales como nuestro trato actual con el prójimo. Lo que hicieron tuvo importancia para los demás. Mediante su fe y sabiduría, Dios enseñó a otros la esperanza y la perseverancia. Manifestaron lo que san Pablo describe en sus escritos. Y sus historias nos recuerdan que toda clase de tribulaciones remiten a la cruz de nuestro Salvador. San Ignacio enseñó la fe en el amor de Dios en Cristo y manifestó la victoria que viene por la muerte de Cristo, aun en nuestro propio sufrimiento y muerte.

Colecta: Dios todopoderoso, mira nuestra debilidad y los sufrimientos de tu pueblo; y así como concediste el consuelo de tu Espíritu Santo a san Ignacio en su aflicción por causa de tu Nombre, sostennos también en nuestra generación; por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Lección del Libro de Concordia
Vigésimo domingo después de la Trinidad

Capítulo XI.
DE LA PRESCIENCIA Y ELECCIÓN ETERNAS DE DIOS.

Acerca de este artículo no ha surgido disensión pública entre los teólogos de la Confesión de Augsburgo. Pero, puesto que es un artículo consolador cuando se trata debidamente, y así puede evitarse en el futuro una controversia que cause escándalo, también se explica en este escrito.

AFIRMATIVA

Doctrina pura y verdadera acerca de este artículo.

1. Ante todo, debe observarse cuidadosamente la distinción entre presciencia y predestinación, es decir, entre la presciencia de Dios y su elección eterna.

2. Pues la presciencia de Dios no es otra cosa que el hecho de que Dios conoce todas las cosas antes de que sucedan, como está escrito (Dan. 2:28): «Hay un Dios en los cielos que revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días».

3. Esta presciencia abarca por igual a los piadosos y a los impíos; pero no es la causa del mal o del pecado, de modo que los hombres hagan lo malo (lo cual procede originalmente del diablo y de la voluntad mala y perversa del hombre), ni es la causa de su perdición, de la cual ellos mismos son responsables. Solamente la regula y le fija un límite de duración, y dispone que todo, aunque en sí mismo sea malo, sirva a sus elegidos para su salvación.

4. La predestinación o elección eterna de Dios, en cambio, abarca únicamente a los piadosos, los amados hijos de Dios, y es una causa de su salvación, la cual él también procura, disponiendo cuanto a ella pertenece. Sobre esta [predestinación de Dios] está fundada tan firmemente nuestra salvación que las puertas del infierno no pueden vencerla (Juan 10:28; Mat. 16:18).

5. Esto no debe investigarse en el consejo secreto de Dios, sino buscarse en la Palabra de Dios, donde también es revelado.

6. Pero la Palabra de Dios nos conduce a Cristo, quien es el Libro de la Vida, en quien están escritos y elegidos todos los que han de ser salvos, como está escrito (Ef. 1:4): «Nos escogió en él» [Cristo] «antes de la fundación del mundo».

7. Así, Cristo llama a sí a todos los pecadores y les promete descanso, y desea fervientemente que todos los hombres vengan a él y permitan que él los ayude. Se les ofrece en su Palabra y quiere que la escuchen, sin taparse los oídos ni despreciarla. Promete además el poder y la eficacia del Espíritu Santo, y la ayuda divina para la perseverancia y la salvación eterna.

8. Por tanto, no debemos juzgar acerca de nuestra elección para la vida eterna a partir de la razón ni de la Ley de Dios, lo cual conduciría a una vida epicúrea, disipada y desenfrenada, o a la desesperación, y suscitaría pensamientos perniciosos en el corazón de los hombres (y tales pensamientos no pueden evitarse eficazmente mientras sigan su propia razón), de modo que piensen: «Si Dios me ha elegido para la salvación, no puedo ser condenado, aunque haga lo que quiera». Y también: «Si no estoy elegido para la vida eterna, no importa el bien que haga, pues todos mis esfuerzos son en vano».

9. Pero el verdadero juicio acerca de la predestinación debe aprenderse únicamente del santo Evangelio acerca de Cristo, en el cual se testifica claramente que «Dios sujetó a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos», y que «no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (Rom. 11:32; Ez. 18:23; 33:11; 2 Ped. 3:9; 1 Juan 2:2).

10. Por tanto, para quien se preocupa verdaderamente por la voluntad revelada de Dios y procede conforme al orden que san Pablo ha observado en la Epístola a los Romanos, donde primero conduce a los hombres al arrepentimiento, al conocimiento de sus pecados, a la fe en Cristo y a la obediencia divina antes de hablar del misterio de la elección eterna de Dios, esta doctrina [acerca de la predestinación de Dios] es útil y consoladora.

11. Sin embargo, que «muchos son llamados y pocos escogidos» no significa que Dios no quiera que todos sean salvos. La razón es que no escuchan en absoluto la Palabra de Dios, sino que voluntariamente la desprecian, cierran sus oídos y endurecen sus corazones, y así bloquean el camino ordinario del Espíritu Santo para que no pueda realizar su obra en ellos; o bien, cuando la oyen, no la tienen en cuenta ni le prestan atención. De esto [de que perezcan] no son responsables Dios ni su elección, sino la maldad de ellos (2 Ped. 2:1 y sigs.; Luc. 11:49, 52; Heb. 12:25 y sig.).

—Fórmula de Concordia, Epítome, §1–12

Zacarías predicó en la tierra de Judá después del cautiverio babilónico. Para entonces, muchos judíos ya habían regresado a Jerusalén y estaban reconstruyendo el templo. Sin embargo, el mensaje principal de Zacarías es: «¡Volveos!». Aunque sus cuerpos estaban físicamente en el lugar correcto, sus corazones no lo estaban. Deseaban servir fielmente a Dios, pero, en su debilidad, cedían a la voluntad de los hombres. Incluso suspendieron la construcción del templo por temor a sus enemigos.

«Volveos» es un mandamiento de la Ley. «Volver a Dios» significa temerlo y amarlo y confiar en él sobre todas las cosas. Eso es algo que no podemos hacer. Martín Lutero escribe acerca de este pasaje: «El Señor exige que nos volvamos, no porque sea algo que podamos lograr por nuestras propias fuerzas, sino para que reconozcamos nuestra debilidad e imploremos la ayuda del Espíritu, cuyo impulso puede hacernos volver... La Ley simplemente da el mandamiento, pero no se logra nada; sin embargo, algo se logra mediante el Evangelio, cuando se añade el Espíritu». (Obras de Lutero, AE 20:9)

Somos débiles como aquellas personas de Jerusalén. La Ley manda que amemos a Dios y confiemos en él, pero no tenemos poder para hacerlo por nosotros mismos. Solo cuando se añade el Espíritu Santo comenzamos a amar a Dios y a confiar en él. Ese Espíritu Santo es dado por medio del Evangelio. El Evangelio predica que, aparte de nuestras obras, Dios ha vuelto a nosotros. Solo por su misericordia tuvo celo por nosotros y envió a su Hijo para ser nuestro Salvador: «Tuve celo por Jerusalén... Yo me he vuelto a Jerusalén con misericordia».

Colecta: Señor misericordioso, te suplicamos que concedas a tu pueblo fiel perdón y paz, para que sea purificado de todos sus pecados y te sirva con un espíritu sereno; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

En la parábola de los dos hijos, ambos pecaron. El primero faltó al respeto a su padre y, durante un tiempo, lo desobedeció al no ir a la viña. El segundo actuó hipócritamente. Mostró respeto a su padre en su presencia, pero también desobedeció y se negó a ir a la viña.

La diferencia importante entre estos dos hijos no es la clase de pecado que cada uno cometió, sino su arrepentimiento. El primer hijo se arrepintió después de pecar y fue a la viña. El segundo nunca se arrepintió y, por tanto, nunca puso un pie en ella. Jesús muestra el contraste en el versículo 32: «Los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle».

La diferencia entre quienes entran en el reino de Dios y quienes no entran no consiste en las clases de pecados que cada uno haya cometido. Algunos han cometido pecados graves públicamente; otros han mantenido sus pecados en privado. La diferencia importante entre los hijos de Dios y los hijos de este mundo es si hay arrepentimiento y fe. Quienes se arrepienten de sus pecados y confían en su Salvador ya han entrado en el reino de Dios. ¡Son hijos verdaderos que poseen la herencia del cielo! Pero los que no se arrepienten serán destruidos. Aunque actúen como si fueran justos y obedientes en esta vida, no entrarán en el reino de Dios, porque rechazan su principal Piedra angular.

Colecta: Señor misericordioso, te suplicamos que concedas a tu pueblo fiel perdón y paz, para que sea purificado de todos sus pecados y te sirva con un espíritu sereno; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

La «mies» de la que habla la lectura es la multitud de personas que recibían la Palabra de Dios. Cuando Jesús predicaba en todas las ciudades y aldeas de Galilea, encontró que el pueblo tenía hambre de ella. Eran «como ovejas que no tienen pastor», porque sus pastores designados (los sacerdotes y los fariseos) no cumplían su tarea. En vez de predicar la Palabra de Dios, estos maestros agobiaban al pueblo con mandamientos de hombres (Mateo 15:9).

Al llamar a su Padre el «Señor de la mies», Jesús atribuye toda cosecha únicamente a Dios. Aunque los profetas, apóstoles y pastores ciertamente participan en la cosecha, su función es solo la de instrumentos de Dios. Pablo escribe en 1 Corintios 3:6: «Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios». Por tanto, únicamente Dios es responsable de la fe producida en los creyentes. Nadie puede hacerse a sí mismo «buena tierra» para la Palabra de Dios. Ningún pastor puede hacer que la Palabra dé fruto. Solo Dios prepara el campo; él siembra la semilla; él la riega; y, cuando brota la planta, él la cuida y recoge su fruto.

Pero observa cómo nuestro Señor cuida de su mies. Lo hace por medio de instrumentos. Llama a obreros (es decir, pastores) y los envía a la mies, para que nadie quede fatigado ni disperso. Ten la certeza de que el Señor siempre proveerá para su mies, pero no olvides cómo ha elegido hacerlo. Dios siembra, riega, cuida y cosecha por medio del ministerio de la Palabra y del trabajo de sus siervos escogidos.

Colecta: Señor misericordioso, te suplicamos que concedas a tu pueblo fiel perdón y paz, para que sea purificado de todos sus pecados y te sirva con un espíritu sereno; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Este ejemplo de árboles buenos y malos se aplica en general a todas las personas. Nuestro Señor explica que una persona que es un árbol malo no puede dar fruto bueno, y que una persona que es un árbol bueno no puede dar fruto malo. El fruto corresponde al árbol.

Podemos ver fácilmente cómo se aplica esto a los no cristianos. Un incrédulo no puede dar fruto bueno, porque las Escrituras dicen: «Todo lo que no proviene de fe es pecado» (Romanos 14:23). Pero ¿cómo se aplica este pasaje a los cristianos? Sabemos que los cristianos bautizados todavía pecan: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1 Juan 1:8).

Recuerda que los cristianos son a la vez santos y pecadores. En cierto sentido, somos tanto «árboles buenos» como «árboles malos». El árbol bueno es el nuevo hombre, producido por el Espíritu Santo. El árbol malo es el viejo Adán, que se aferra a nuestra carne. Cuando el árbol viejo produce el mal «del mal tesoro de su corazón», nos arrepentimos de ello. Reconocemos que esos pensamientos, palabras y acciones no corresponden a nuestro llamamiento como cristianos. Entonces pedimos a Dios que nos haga nuevamente un árbol nuevo: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio» (Salmo 51:10). Confiamos en el perdón de los pecados por medio de nuestro Salvador Jesucristo y nos esforzamos, con la ayuda del Espíritu Santo, por dar fruto que corresponda al corazón del nuevo hombre.

Colecta: Señor misericordioso, te suplicamos que concedas a tu pueblo fiel perdón y paz, para que sea purificado de todos sus pecados y te sirva con un espíritu sereno; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Las veinte ciudades que el rey Hiram llamó «Cabul» (es decir, «inútiles») estaban en la tierra de Galilea. No sabemos exactamente cuáles eran, pero el historiador Josefo indica que estaban cerca de la ciudad de Tiro, es decir, en el norte de Galilea. En tiempos de Cristo había otra ciudad de Galilea que también se llamaba «Cabul». En Juan, capítulo 1, el discípulo Natanael dijo: «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?» (v. 46).

Algo bueno sí salió de Nazaret: Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo de María. Nació en Belén, pero creció en Galilea y pasó allí la mayor parte de su ministerio. Aunque Jerusalén era el lugar de la casa de Dios y donde él había prometido su presencia, los judíos rechazaron al Hijo de Dios, y por ello él predicó en otros lugares. El Evangelio llegó primero a Galilea; después, a ciudades del norte como Tiro y Sidón; finalmente se extendió a todas las tierras gentiles, porque Israel «dejó al Señor su Dios, que había sacado a sus padres de la tierra de Egipto».

La valoración del rey Hiram no era errónea. Las ciudades de Galilea eran «inútiles»; estaban habitadas por un pueblo «inútil». Pero eso es cierto de todo lugar de la tierra. La tierra está habitada por pecadores incapaces de agradar a Dios: «No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3:10). Pero Jesús vino a salvar a los pecadores. Cuando vio que éramos «Cabul», se ofreció en una cruz como castigo por nuestros pecados. En verdad, nos hace agradables a Dios Padre por medio de su justicia, que nos da mediante la fe.

Colecta: Señor misericordioso, te suplicamos que concedas a tu pueblo fiel perdón y paz, para que sea purificado de todos sus pecados y te sirva con un espíritu sereno; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

El sermón de Pablo se dirigió a los judíos y a los gentiles temerosos de Dios que vivían en Antioquía de Pisidia (una ciudad en la actual Turquía). Predicó cómo Dios había cumplido las Escrituras al enviar a su Hijo, Jesucristo. Jesús vivió una vida perfectamente justa; por eso los judíos de Jerusalén «no hallaron en él causa digna de muerte», pero lo crucificaron en un madero, conforme a las Escrituras. Jesús murió y fue puesto en un sepulcro; pero «Dios lo levantó de los muertos». El Padre glorificó a su Hijo y lo exaltó a su diestra. Desde ese lugar de autoridad, Jesús distribuye los méritos de su muerte y resurrección. Dentro de su Iglesia perdona los pecados y justifica a todos los que creen en él.

Todo lo que se dice en este sermón se aplica a nosotros. También a nosotros «ha sido enviada la palabra de esta salvación». Para nosotros Dios ha cumplido las Escrituras. No importa dónde vivamos, dónde crecimos o quiénes fueron nuestros antepasados. Jesús murió y resucitó para que «por medio de él se nos anuncie el perdón de los pecados, y por él sea justificado todo aquel que cree, de todo aquello de lo que no pudimos ser justificados por la ley de Moisés».

Así como la promesa se aplica a nosotros, también la advertencia. Si despreciamos a Cristo como hicieron los judíos de Jerusalén, o incluso los de Antioquía de Pisidia, pereceremos. Solo por medio de Cristo podemos ser justificados de nuestros pecados. Por eso Pablo nos exhorta a creer en Cristo, para que recibamos las «misericordias fieles de David».

Colecta: Señor misericordioso, te suplicamos que concedas a tu pueblo fiel perdón y paz, para que sea purificado de todos sus pecados y te sirva con un espíritu sereno; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Lección del Libro de Concordia
Vigésimo primer domingo después de la Trinidad

Artículo XX.

Se acusa falsamente a nuestros maestros de prohibir las buenas obras. Pues sus escritos publicados sobre los Diez Mandamientos, y otros de contenido semejante, dan testimonio de que han enseñado provechosamente acerca de todos los estados y deberes de la vida: qué estados de vida y qué obras en cada vocación son agradables a Dios. Acerca de estas cosas los predicadores enseñaban antes muy poco, e insistían solamente en obras pueriles e innecesarias, como ciertos días festivos, determinados ayunos, cofradías, peregrinaciones, oficios en honor de los santos, el uso de rosarios, el monacato y cosas semejantes. Desde que nuestros adversarios han sido amonestados acerca de estas cosas, están dejando tales enseñanzas y ya no predican estas obras inútiles como antes. Además, empiezan a mencionar la fe, acerca de la cual antes había un silencio asombroso. Enseñan que no somos justificados solo por las obras, sino que unen fe y obras y dicen que somos justificados por la fe y las obras. Esta doctrina es más tolerable que la anterior y puede ofrecer más consuelo que su antigua doctrina.

Por tanto, puesto que la doctrina de la fe, que debe ser la principal en la Iglesia, ha permanecido tanto tiempo desconocida —pues todos deben reconocer que en sus sermones había un profundísimo silencio acerca de la justicia de la fe, mientras en las iglesias solo se trataba la doctrina de las obras—, nuestros maestros han instruido a las iglesias acerca de la fe de la siguiente manera:

Primero, que nuestras obras no pueden reconciliar a Dios ni merecer el perdón de los pecados, la gracia y la justificación, sino que obtenemos esto únicamente por la fe, cuando creemos que somos recibidos en el favor de Dios por causa de Cristo, quien solo ha sido puesto como Mediador y Propiciación [1 Tim. 2:5], para que el Padre sea reconciliado por medio de él. Por tanto, quien confía en merecer la gracia mediante las obras desprecia el mérito y la gracia de Cristo y busca un camino hacia Dios sin Cristo, por las fuerzas humanas, aunque Cristo dijo de sí mismo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» [Juan 14:6].

Pablo trata por todas partes esta doctrina de la fe [Ef. 2:8]: «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras», etc.

Y para que nadie diga maliciosamente que hemos inventado una nueva interpretación de Pablo, todo este asunto se apoya en los testimonios de los Padres. Pues Agustín, en muchos volúmenes, defiende la gracia y la justicia de la fe frente a los méritos de las obras. Y Ambrosio, en su De Vocatione Gentium y en otros lugares, enseña lo mismo. Pues en De Vocatione Gentium dice: «La redención por la sangre de Cristo tendría poco valor,

y la preeminencia de las obras del hombre no sería superada por la misericordia de Dios, si la justificación, que se realiza por la gracia, se debiera a los méritos anteriores, de modo que no fuera el don gratuito de quien da, sino la recompensa debida a un trabajador».

Pero, aunque los inexpertos desprecian esta doctrina, las conciencias temerosas de Dios y angustiadas comprueban por experiencia que trae el mayor consuelo, porque las conciencias no pueden ser apaciguadas por obra alguna, sino únicamente por la fe, cuando tienen la certeza de que, por causa de Cristo, tienen un Dios propicio. Como enseña Pablo [Rom. 5:11]: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios». Toda esta doctrina debe referirse a esa lucha de la conciencia aterrorizada; tampoco puede comprenderse aparte de esa lucha. Por tanto, juzgan mal acerca de este asunto los hombres inexpertos y profanos que imaginan que la justicia cristiana no es otra cosa que la justicia civil de la razón natural.

Antes las conciencias eran atormentadas por la doctrina de las obras y no oían consuelo alguno del Evangelio. Algunos eran impulsados por su conciencia al desierto o a los monasterios, esperando merecer allí la gracia mediante una vida monástica. Otros también inventaban obras con las cuales merecer la gracia y satisfacer por los pecados. Era muy necesario tratar y renovar esta doctrina de la fe en Cristo, para que las conciencias angustiadas no carecieran de consuelo, sino que supieran que la gracia, el perdón de los pecados y la justificación se reciben por la fe en Cristo.

También se advierte a los hombres que aquí el término «fe» no significa simplemente el conocimiento de la historia, como el que tienen los impíos y el diablo, sino una fe que cree no solo la historia, sino también su efecto: a saber, este artículo del perdón de los pecados, es decir, que tenemos gracia, justicia y perdón de los pecados por medio de Cristo.

Ahora bien, quien sabe que tiene un Padre reconciliado con él por medio de Cristo, puesto que conoce verdaderamente a Dios, sabe también que Dios cuida de él e invoca a Dios; en una palabra, no está sin Dios, como los paganos. Pues los demonios y los impíos no pueden creer este artículo del perdón de los pecados. Por eso odian a Dios como a un enemigo, no lo invocan y no esperan bien alguno de él. Agustín también amonesta a sus lectores acerca de la palabra «fe» y enseña que en las Escrituras se entiende por «fe», no un conocimiento como el que tienen los impíos, sino la confianza que consuela y fortalece al espíritu aterrorizado.

Además, por nuestra parte se enseña que es necesario hacer buenas obras, no para que confiemos en merecer la gracia mediante ellas, sino porque es la voluntad de Dios.

—Confesión de Augsburgo, §1–27

Pedro pecará y volverá al Señor. Siempre debe consolarnos que incluso Pedro cayó en pecado grave, pero también se arrepintió y fue restaurado. Siempre es posible arrepentirse. Por mucho que uno haya caído, si escucha el impulso del Espíritu Santo y se arrepiente, nuestro Padre celestial está dispuesto a perdonar y restaurar. No estamos solos como pecadores. Incluso alguien tan importante como san Pedro cayó en pecado. Pero Dios lo usó para fortalecer a los demás discípulos cuando fue restaurado.

Pedro es un dirigente. Jesús dijo: «Satanás os ha pedido». Aquí el pronombre es plural y se refiere a todos los discípulos. Luego Jesús dice: «Yo he rogado por ti». Aquí el pronombre es singular y se refiere a Pedro. Aunque Pedro comete un pecado grave al negar a Jesús tres veces, es restaurado tanto a su función de dirigente como a la paz con Dios. Los hombres y las iglesias pueden caer en pecado grave. Pero todavía pueden ser restaurados mediante el arrepentimiento y la fe. Esto ocurre repetidamente en la historia de la Iglesia. Ocurrió especialmente durante la Reforma, cuando la Iglesia visible había caído en profunda corrupción, pero fue devuelta a la pureza del Evangelio.

Dirigentes como Martín Lutero también eran pecadores. Él lo admitía libremente. Los hombres no son dirigentes porque estén libres de pecado. Los mejores dirigentes conocen su condición pecaminosa y dependen de la gracia y del perdón de Dios.

Colecta: Señor, te suplicamos que guardes a tu familia, la Iglesia, en una piedad constante, para que, bajo tu protección, esté libre de toda adversidad y se entregue devotamente a servirte con buenas obras, para gloria de tu Nombre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

«...para probar por medio de ellas a Israel...». Dios iba a permitir que varias tribus cananeas permanecieran en la tierra para disciplinar a Israel por su infidelidad. Aunque estas acciones tienen un aspecto de recompensa y castigo, el propósito último de Dios no era castigar, sino corregir.

La paz y la seguridad parecen ser terreno fértil para la infidelidad. Parece ser una verdad general que los hombres que viven cómodamente no sienten necesidad de Dios. A los ricos les cuesta pasar por el ojo de una aguja, y los hombres bajo presión son más propensos a buscar a Dios. Al menos, esto parece cierto entre los hijos de Dios. Siempre volvemos a caer en el pecado y la corrupción. Dios usa la adversidad para probarnos y llevarnos al arrepentimiento. Siempre ha sido así. Lutero sabía que, sin la corrección constante de Dios, los hombres se hunden naturalmente de nuevo en el fango de su naturaleza pecaminosa. Aun hoy vemos a cristianos apartarse de la fe mientras vivimos en la sociedad más rica y cómoda de la historia del mundo. No debemos sorprendernos cuando Dios envía adversidad para hacernos volver a la fidelidad.

Dios es, en última instancia, misericordioso. Usa todas las cosas para conducirnos de nuevo a él. Nuestro Dios no es un Dios de legalismo. Es un Dios de misericordia.

Colecta: Señor, te suplicamos que guardes a tu familia, la Iglesia, en una piedad constante, para que, bajo tu protección, esté libre de toda adversidad y se entregue devotamente a servirte con buenas obras, para gloria de tu Nombre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

El mundo está dividido entre creyentes e incrédulos. Esta es la distinción de categorías más significativa. Hay muchas distinciones, pero esta es la más importante, porque estar en Jesús nos separa del mundo. Jesús nos arrebata del mundo. Es como si viviéramos entre zombis espirituales y Jesús viniera y nos cambiara fundamentalmente, de modo que, aunque parezcamos iguales a todos los demás, somos completamente diferentes.

Debemos esperar ser odiados, rechazados y excluidos porque somos diferentes; somos una acusación para los demás. Nuestra existencia señala el pecado del incrédulo. No tenemos que hablar expresamente de su pecado. Nuestra existencia, por definición, señala el alejamiento del incrédulo respecto de Dios. Cuanto más vean a Jesús en nosotros, más nos odiarán. Y esto también se aplica a la doctrina. La «palabra» de Jesús es su doctrina, su enseñanza. Odian su doctrina porque lo odian a él. Nuestra «palabra», la «palabra» de la Iglesia, es su doctrina.

El mundo odiará nuestra doctrina, que es la suya, y no la guardará, porque es una con él. No pueden amar la doctrina de Aquel a quien no conocen y, de hecho, odian. Nosotros, en cambio, mostramos que lo amamos y le pertenecemos cuando guardamos su doctrina.

Colecta: Oh Dios todopoderoso, que has edificado tu Iglesia sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la principal Piedra angular: concédenos estar unidos en un mismo espíritu por su doctrina, para que seamos hechos un templo santo, agradable a ti; por el mismo Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Ezequías fue el hijo piadoso del impío Acaz. Acaz había llevado a Judá al pecado y a la corrupción. Ezequías erradicó la idolatría que había prosperado bajo su padre y restauró la fidelidad y la devoción a la Palabra de Dios.

Lo primero que hizo Ezequías fue purificar y reformar el culto del templo. Era la casa del Señor, el lugar de su morada. Esto se asemeja al altar y a la pila bautismal de nuestras iglesias, el lugar de la morada de Dios. El culto y la doctrina están estrechamente relacionados. La reforma luterana de la doctrina vino acompañada de una reforma del culto. Por ejemplo, la eliminación de las oraciones eucarísticas correspondió a la comprensión luterana de la misa como el servicio de Dios a nosotros, en vez de un nuevo sacrificio o una nueva presentación del sacrificio de Cristo a Dios. La liturgia debe estar en armonía con la doctrina. Uno debe adorar conforme a lo que cree. Los luteranos creen que deben mantenerse las tradiciones litúrgicas que no contradicen la Palabra de Dios, pero eliminarse los añadidos contrarios a las Escrituras. Por ejemplo, quemar incienso formaba parte del culto del templo. También era una antigua tradición de la Iglesia, por lo que seguimos quemando incienso en el culto. Pero cuando la Iglesia medieval comenzó a apartarse del mandato del Señor de comer y beber durante la Cena del Señor, los luteranos devolvieron el cáliz a los laicos. Nuestro Señor dijo: «Tomad, comed» y «Tomad, bebed». No tenemos derecho a cambiar sus mandamientos.

Colecta: Señor, te suplicamos que guardes a tu familia, la Iglesia, en una piedad constante, para que, bajo tu protección, esté libre de toda adversidad y se entregue devotamente a servirte con buenas obras, para gloria de tu Nombre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Diversas formas de triunfalismo cristiano han afligido a la Iglesia a lo largo de los siglos. Instaurar el «reino milenario» mediante esfuerzos humanos siempre ha sido una tentación para los hombres. A menudo pensamos que, si somos un poco más piadosos, o si podemos librar al mundo de los impíos, el reino de Dios está a la vuelta de la esquina. Pero esto nunca funciona.

Dios dice: «En volver y en reposo seréis salvos». «Volver» es arrepentirse, regresar a la gracia de nuestro Bautismo y volver a la Palabra de promesa del Señor. «Reposo» es gracia. Dios hace la obra por nosotros. No podemos alcanzar el reino de Dios por nuestros esfuerzos. El fervor no es el camino hacia Dios. Recibir sus dones con arrepentimiento es el camino al reino.

A nuestra carne pecaminosa no le gusta ser paciente y estar quieta. No nos gusta admitir que la situación no tiene remedio y que nada podemos hacer para arreglar el mundo. Siempre tenemos un plan, una técnica, un programa de siete pasos. Dios nos dice que no lograremos nada a menos que dependamos de él y esperemos su tiempo. Lo que Dios ordena siempre es lo mejor. Si ha ordenado que actuemos, hará que actuemos. Si ha ordenado que esperemos quietamente, oramos y confiamos. Dios llevará a cabo su victoria a su debido tiempo.

Colecta: Señor, te suplicamos que guardes a tu familia, la Iglesia, en una piedad constante, para que, bajo tu protección, esté libre de toda adversidad y se entregue devotamente a servirte con buenas obras, para gloria de tu Nombre; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Johannes Bugenhagen predicó el sermón en el funeral de Lutero. Se refirió a Lutero como el «ángel que volaba por en medio del cielo» y predicaba «el Evangelio eterno» al mundo. En cierto sentido, este pasaje trata de Lutero. La palabra «ángel» significa mensajero. Lutero fue ciertamente un mensajero del Evangelio. El ángel representa a todos los que han predicado o enseñado el puro Evangelio de Jesucristo a lo largo de la era del Nuevo Testamento.

El mensaje de la Ley de Dios y del Evangelio de Dios es el mensaje que todos los hombres necesitan oír. Es el mensaje que todos necesitan hasta el fin mismo del mundo. Los mensajeros de la Iglesia deben predicar este Evangelio puro al mundo en cada generación. Cuando este Evangelio puro es cubierto y ocultado bajo falsa doctrina, los mensajeros fieles de Dios deben denunciar claramente las mentiras y las distorsiones. Tanto el oficio del mensajero como el mensaje eterno son establecidos por Dios y perdurarán hasta el regreso de nuestro Señor. La Reforma luterana no fue un mero accidente de la historia. Dios dispone deliberadamente hombres y acontecimientos para llevar su «Evangelio eterno... a toda nación, tribu, lengua y pueblo».

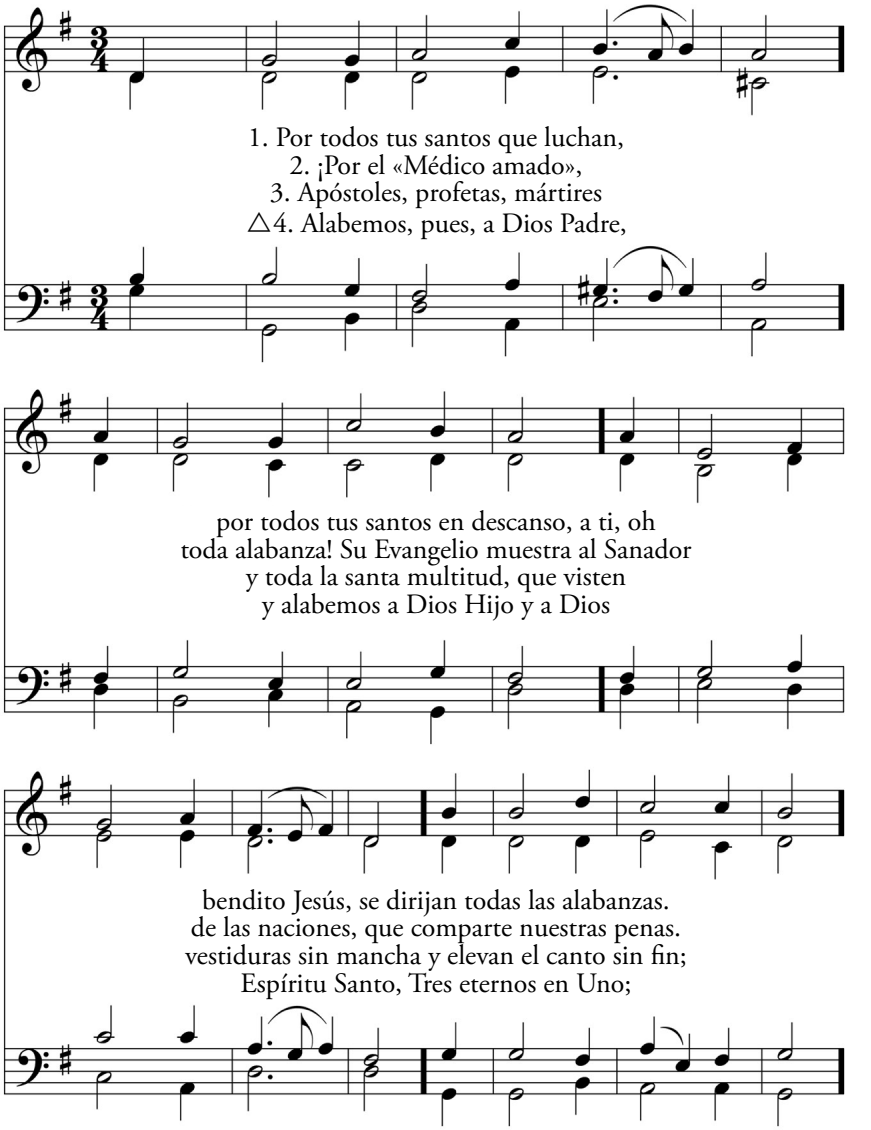
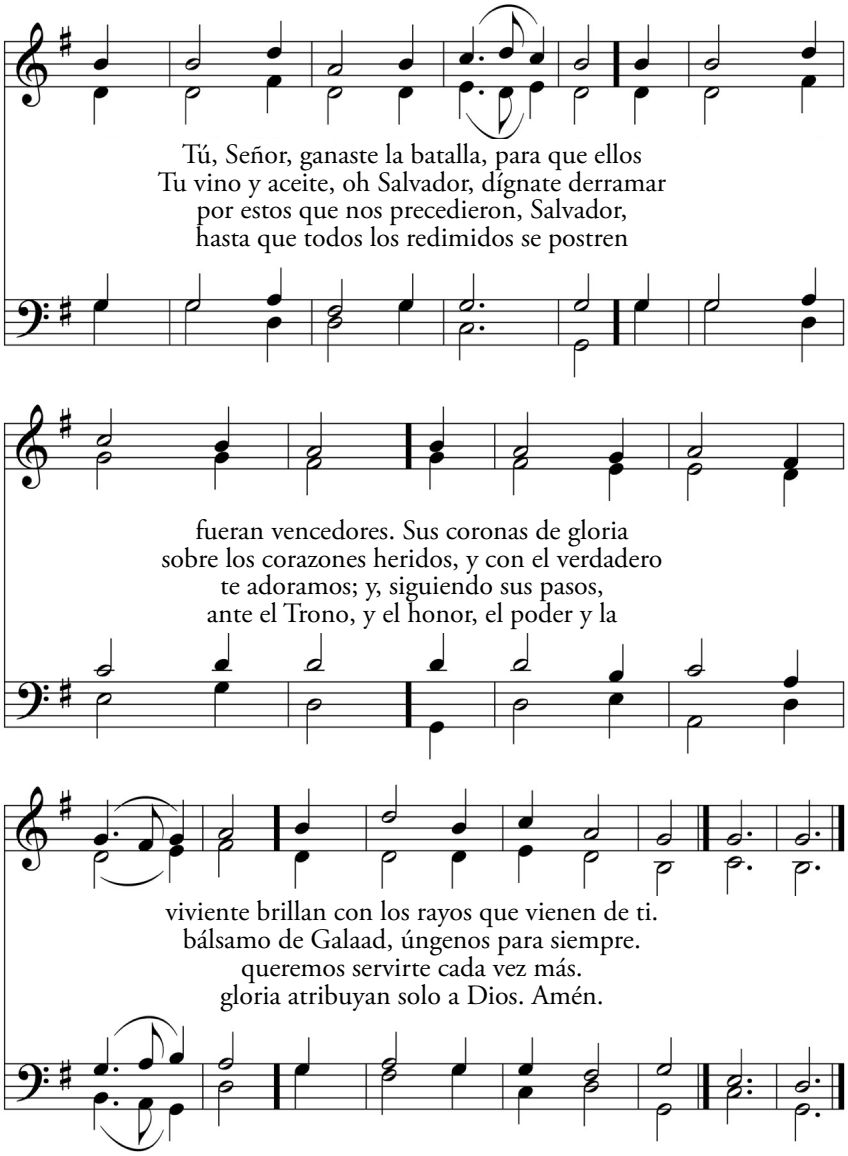
Colecta: Dios todopoderoso, Padre misericordioso, que hiciste resplandecer la luz de las tinieblas, te damos gracias porque has tenido misericordia de nosotros y de nuestros padres y, por medio de tu siervo Martín Lutero, has restaurado la luz pura de tu Evangelio. Te suplicamos que nos guardes en la sana doctrina, para que creamos firmemente y sigamos dignamente tu Palabra salvadora y, por fin, mediante su santo consuelo, partamos en paz y alegría; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Fiesta de san Lucas

105. Por todos tus santos en lucha y en descanso

The Sarum Hymnal, 1868

Ach Gott vom Himmelreiche
«Musae Sioniae», VII, 1609



Traducción del texto para lectura; no es una adaptación métrica para el canto.

Clero de la ELDoNA, congregaciones y misiones afiliadas

Rvdmo. James Heiser
Iglesia Luterana Salem, Malone, TX

Rvdo. Jeffrey Ahonen
Iglesia Luterana Buen Pastor, Tony, WI; Misión Luterana Apologia, Deer Park, WI; Iglesia Luterana Paz, Ironwood, MI; Iglesia Luterana Pure Blessings, Brandon, WI

Rvdo. Jerald Dulas
Iglesia Luterana Santos Pedro y Pablo, Simpsonville, SC; Misión Luterana Todos los Santos, Myrtle Beach, SC; Misión Luterana San Miguel y Todos los Ángeles, Martinez, GA; Misión Luterana San Bartolomé, Fort Myers, FL; Misión Evangélica Luterana San Lucas, UAC, Ormond Beach, FL

Rvdo. Douglas Handrich (emérito)
Iglesia Luterana Santa Cruz, Peoria, IL

Rvdo. Kent Heimbigner
Iglesia Luterana Caridad, Burleson, TX

Rvdo. Benjamin Henson
Iglesia Luterana Santa Cruz, Peoria, IL

Rvdo. Jacob Henson
Iglesia Luterana Apologia, Deer Park, WI

Rvdo. Michael Henson
Iglesia Luterana Trinidad, Herrin, IL

Rvdo. Martin Jackson
Iglesia Evangélica Luterana Cordero de Dios, Rogers, AR

Rvdo. Mark Mueller
Iglesia Luterana Redentor, Cambridge, MN

Rvdo. John Rutowicz
Iglesia Luterana San Bonifacio, Niles, MI

Rvdo. Josiah Scheck
Iglesia Luterana Cristo, Richmond, MO

Rvdo. Eric Stefanski
Iglesia Luterana Santísima Trinidad, Harrison, AR; Misión Luterana Emmanuel, Conway, AR

Rvdo. Timothy Tolar
Iglesia Luterana San Lucas, Kenai, AK; Misión Luterana de Homer, Homer, AK

Rvdo. Brandon Warr
Iglesia Luterana San Patricio, Chipley, FL

Rvdo. diácono Gary Harroun
Iglesia Luterana Trinidad, Herrin, IL

Rvdo. diácono Anthony Oncken
Iglesia Luterana Salem, Malone, TX

Rvdo. diácono Floyd Smithey
Iglesia Luterana Santos Pedro y Pablo, Simpsonville, SC; Misión Luterana Santiago, Knoxville, TN

Rvdo. Daniel Mensing